

Repositório ISCTE-IUL

Deposited in *Repositório ISCTE-IUL*:

2023-11-18

Deposited version:

Submitted Version

Peer-review status of attached file:

Unreviewed

Citation for published item:

Ramos, M. J. (2018). Lisboa: La cucaña destripada. I Congreso Internacional Patios de Córdoba.

Further information on publisher's website:

<https://www.uco.es/congresopatios/>

Publisher's copyright statement:

This is the peer reviewed version of the following article: Ramos, M. J. (2018). Lisboa: La cucaña destripada. I Congreso Internacional Patios de Córdoba.. This article may be used for non-commercial purposes in accordance with the Publisher's Terms and Conditions for self-archiving.

Use policy

Creative Commons CC BY 4.0

The full-text may be used and/or reproduced, and given to third parties in any format or medium, without prior permission or charge, for personal research or study, educational, or not-for-profit purposes provided that:

- a full bibliographic reference is made to the original source
- a link is made to the metadata record in the Repository
- the full-text is not changed in any way

The full-text must not be sold in any format or medium without the formal permission of the copyright holders.

Lisboa, la cucaña destripada

Manuel João Ramos (CEI-IUL)

Explicación del título y algo más

Las utopías alimentarias y de desreglamento del país de Cucaña, el mundo al contrario del Carnaval medieval, y ritualidad del ocio

De las fiestas medievales a la creación de eventos y espacios lúdicos en la ciudad de la era industrial: las fiestas de mayo y el palo de Cucaña en Europa; de las ferias a los parques de diversión.

Los sentidos reinvertidos de la memoria histórica y de sus testigos materiales: las infraestructuras monumentales abandonadas, los espacios por rellenar en el interior de la urbe, las practicas populares reinventadas por la propaganda estatal.

Instrumentalización de los espacios patrimonializados en las nuevas practicas rituales del ocio, en el período de la globalización.

Permití que empiece mi presentación con un tema algo esdrújulo y evocar aquí el corpus de textos e imágenes sobre el país de Cucaña, que es sobretodo conocido en España como el país de Chacona o de Jauja. Se trata de un tópico del imaginario utópico popular que en la Edad Media europea floreció en inúmeras variantes nacionales (*Cuccagna*, *Cocagne*, *Schlaraffenland*, *Luilekkerland*), en fábulas, poemas, romances, pero también la miniaturas, grabados y pinturas, la más famosa de todas la de Brueghel. Isla longinqua o bien tierra de frontera, siempre inaccesible, siempre conectada con las ideas de desreglamento, de inversión de valores, de ausencia de autoridad y de exceso alimentar y erótico. Siempre también inspirando juegos literarios sobre la credulidad naif y la estulticia o la torpeza de juicio, la Cucaña es por una parte un tópico carnalesco en lo que se presenta como un mundo al inverso, excesivo y paródico, una permanente fiesta orgíaca, y por otra parte asociada a muy antiguos rituales de fertilidad al mismo tiempo sexual y agrícola que se cristalizaron, de nuevo por toda Europa, en las fiestas rurales y después urbanas del uno de Mayo. El “palo de mayo” (el *Maypole* de los bailarores Morris ingleses) era un palo ensebado enclavado verticalmente en el suelo que los jóvenes suelean trepar hasta el tope para así alcanzar premios alimentarios o otros ahí enganchados en una rueda (hay también variantes horizontales, como la de la fiesta de Sant’Ana en Sevilla). Este juego era conocido por

muchas partes como, precisamente, el palo del juego de Cucaña, retratado en el famoso cuadro de Francisco Goya.

Quería realzar la importancia de este imaginario, la suya antigüedad y – diría – la suya resiliencia histórica, ya que tanto fiestas del Mayo como producciones literarias sobre Cucaña fueran recurrentemente perseguidas, censuradas y prohibidas por las autoridades, sobretodo las eclesiásticas. También porque es de ese imaginario que vienen muchos de los procesos de gestión de la ritualidad del ocio en medio urbano desde el inicio de la época industrial, en la que el régimen de trabajo excesivo y mal pago de los trabajadores operarios llevó a la emergencia de un nuevo tipo de fiesta urbana, ya no directamente gestionada y controlada por la Iglesia, sino propulsada y mantenida por las autoridades municipales, en parques luego conocidos como de diversiones. Este modelo celebratorio del derecho a la diversión y el ocio, con sus tiendas de comida y bebida, sus juegos direccionados para pruebas físicas y emociones fuertes, sus muestras de seres exóticos y monstruosos, acabaran colgándose a los grandes eventos celebratorios de las principales naciones industriales y coloniales desde el final de siglo 19 (las célebres exposiciones internacionales). Las fiestas foranas con calendario limitado cederán el paso a nuevas formas de entretenimiento que se repetían o bien todos los fines de semana, o bien en todos los períodos estivales: los parques de diversión y los luna parques. El principio estructurante era aún el mismo: el de ritualizar el ocio a través la promoción del exceso y del desreglamento: comer mucho, beber mucho, bailar mucho, experimentar emociones fuertes, vivir peligrosamente por unos instantes sin pensar en el día de mañana, para después regresar a las rutinas de pobreza y trabajo. De alguna manera, las exposiciones internacionales que se popularizaran como actos de auto-promoción de gobiernos nacionales en el período de la industrialización liberal y de dominio colonial utilizaran ese mismo modelo y lo expandirán creando nuevas significaciones, pero manteniendo el mismo principio de producción de ocio algo potláchico (es decir: la auto-promoción de las instituciones a través el gasto exagerado de dinero). Los actuales mega-eventos globales a los que concurren ciudades y países que pretenden “ponerse en el mapa” (político y económico, mundial o regional) son también ellos herederos de esta antigua lógica de ritualidad utópica y excesiva, de inversión de la normalidad diaria, y

factores de los circuitos migratorios temporarios que caracterizan el turismo de masas.

Me parece así útil pensar el desarrollo de la industria turística acoplándola a la historia pan-europea de la producción y usufructo del ocio como miraje momentáneo, como subversión temporaria de las rutinas.

Otro tópico definitivamente relevante para comprender los procesos de turistificación confluidos con cambios infraestructurales en la utilización de los espacios urbanos es el de la naturaleza iconoclastica que está implicada sea en los cambios de uso de espacios urbanos y peri-urbanos y de infraestructuras de carácter monumental (como son los castillos, las murallas, los espacios industriales abandonados, los emplazamientos de celebraciones antiguas, o los barrios céntricos llenos de casas consideradas sin condiciones de habitabilidad), sea a las reinenciones institucionalmente sancionadas de la memoria de practicas rituales populares (las canciones, las fiestas, las competiciones entre barrios populares, etc.).

Por principio, toda la patrimonialización, al igual que toda la musealización, es la consecuencia de actos iconoclasticos (que estos sean voluntarios o involuntarios, poco importa, me parece), en lo que son destrucciones del sentido original de los objetos (físicos y mentales). Históricamente, los primeros museos nacionales fueran mismo creados para prevenir o aplacar las consecuencias destructivas (de los bienes artísticos de la aristocracia y de la Iglesia) de movimientos de rebelión popular. Así pasó con la creación del Louvre en Paris o el museo de Arte Antigua en Lisboa.

Es una curiosa paradoja esa en que nos investimos en preservar la memoria a través de practicas y actos que son testigos de su muerte, jugando como los viajeros de Cucaña el juego ilusorio de recriar el pasado en plena consciencia de la imposibilidad de hacerlo.

Las grandes estructuras urbanas, testigos de manifestaciones de poder que a lo largo de lo tiempo fuimos rechazando, son preservadas, reconstruidas, reinventadas y reactivadas como parte de una lógica memorial que está íntimamente enlazada a los diversos herederos de las fiestas cucañescas y carnavalescas medievales: me atrevería mismo a sugerir que hay en esta mecánica como que un doble acto de venganza histórica:

Los fautores de los poderes pasados han, a través de obras materiales demostrativas de suya dominación, buscado alcanzar la inmortalidad, atrapando con esas mismas obras las memorias de los hijos de hijos de hijos de sus sujetos, y el pueblo heredero utiliza el mismo concepto subversor de los sentidos que era el de la Cucaña, o del mundo al reverso, para se apropiar de los símbolos del poder antiguo, ocupando ritualmente sus espacios para disfrutar de fiestas y diversiones cucañescas/carnavalescas.

Problemas por detrás de la turistificación urbana: patrimonialización, cambio de uso de las infraestructuras urbanas

Toda patrimonialización es una gentrificación?

Las municipalidades como comisiones de fiesta

Los mega-eventos y el "branding": los estados en la feria global de las vanidades

El viraje neoliberal: la comodificación generalizada del ocio – todos somos ciudadanos de la Cucaña

Desde el propio momento en que un objeto cultural físico o mental es sometido a un proceso de patrimonialización institucional, porque por razones internas o externas su función y su valor inherentes se destruyeran, sufre un acto de apropiación institucional que es de algún modo equivalente a una gentrificación, en lo que es una renovación de algo deteriorado pero a condición de sustraerlo – por vía pública y/o privada – de su condición original de bien común (*common, comunes*). La patrimonialización no es un simple acto unilateral de las instituciones, ya que en el se involucra un diálogo que lleva a nuevas apropiaciones y a nuevos sentidos del objeto. Al contrario, resulta claro que se lleva a cabo una transformación de paradigma, y el patrimonializador/gentrificador tiene una palabra importante a decir sobre el destino futuro del objeto. La creación de nuevos discursos, nuevas prácticas, nuevas visiones de los espacios urbanos deteriorados, olvidados, vaciados y desmemoriados, y de las vidas culturales que ahí dejaran (o están a punto de dejar) de existir, es un factor esencial del proceso que transforma en bien turístico un espacio y una memoria. En lo que toca a la turistificación de tramos más o menos extensos del territorio urbano, las municipalidades, en tándem

con intelectuales, técnicos y inversores, tienen un papel único como ritualizadores, en el sentido en que se transforman como que en comisiones de fiestas, en tanto que *managers* de la escenificación necesaria a que el teatro del ocio pueda descender y florecer convenientemente.

Este proceso, sobretodo en la actualidad, supone y requiere, de la parte de las autoridades municipales y nacionales, un estado de permanente autopromoción del patrimonio inventado (en el sentido en que se es un aplastamiento, una simplificación de los sentidos, una caricaturización de las memorias) en la escena internacional, en guerras continuadas de *marketing* para atraer masas humanas extranjeras (los migrantes turísticos), que se convierten en, o por ese paso son concebidas, como fuentes fiduciarias, como bienes comodificados, como gado humano con estatuto de gallinas de campo (con la consecuencia adicional de importar también a otras masas humanas extranjeras, que actúan como piezas laborales de la economía de servicios en la que las ciudades patrimonializadas y turistificadas se transforman).

Para que el sistema funcione, es fundamental a los generadores-gestores providenciar un cien número de infraestructuras de acogimiento: sean hoteleras y de restauración, de transporte, de movilidad, de aparcamiento, de embelesamiento y accesibilidad de los espacios públicos, de atracción patrimonial (museos, casas-museo, fundaciones, jardines, monumentos, espacios de curiosidades locales, etc.). Eses encargos y esos investimentos son difíciles de justificar y explicar a las poblaciones locales, y sobretodo resulta esencial a las autoridades ofuscar o omitir públicamente las potenciales consecuencias negativas de esos procesos (los despejos, las dislocaciones, la pérdida de calidad de vida, las restricciones y inconvenientes de todo tipo), y las opciones presupuestarias. Al contrario, se insiste en la importancia que el turismo tiene para el interés local o nacional, y en apelos adulatorios al orgullo de los locales por sus valores culturales y patrimoniales. Se puede ver tales discursos, narrativas y practicas como evidentes herederas de las de los personajes burlones que cantaban a los tolos las maravillas del país de Cucaña.

Excursus sobre el proceso de comodificación de Lisboa – los eventos cucáñicos

El proyecto de branding inspirado por Barcelona

(Barcelona como miraje de modelo urbanístico siempre reintroducido)

Los efectos de la crisis y del programa de re-ajustamiento: los Visa Gold, las nuevas rutas migratorias, las exenciones de impuestos, la economía de servicios y la tragedia de los comunes.

Como ciudadano de Lisboa, y al igual que muchos de nosotros, he muy recientemente pasado de la situación de tolo viajero atraído por las canciones de Cucañas extranjeras, a la condición de incauto nativo indígena de una recién-proclamada nueva Cucaña del mercado del *global tourism*. El proceso de turistificación de la ciudad es muy reciente y increíblemente avasallador, y seguramente sorprendente para la mejor parte de la población. Las razones por las cuales Lisboa se tornó una nueva Meca turística, una perla por descubrir en el mercado global de comodificación turística, acumulando premios internacionales de mejor destino turístico europeo y mundial, son múltiples y no habría aquí tiempo para listarlas todas. Son de varios tipos, unas seguramente internas, otras externas. Hay causas directas e indirectas, y una interesante mezcla de intenciones y casualidades, impulsos políticos, condiciones económicas, nubes de acciones de *marketing* en las ferias internacionales de turismo y esfuerzos de *branding* en *thinktanks* locales, regionales y nacionales. La crisis financiera de 2008 y el período en lo que Portugal estuvo bajo control financiero-administrativo por los funcionarios de la *Troika* constituida por el Banco Mundial, el FMI y el Banco Central Europeo, es crucial para entender tanto la súbita precarización del trabajo, la total liberalización del mercado inmobiliario, los cambios en los impuestos sobre el empleo, el investimento extranjero, el valor del suelo y de los inmóviles, la explosión de los pedidos de vistos *gold* y de residencia por jubilados europeos, etc., etc.

Pero lo que aquí me gustaría referir sobretodo es el efecto que la secuencia de eventos celebratorios dirigidos a la internacionalización de Portugal ha tenido en las decisiones de varios gobiernos, tanto socialistas como social-demócratas, en endeudar el país de modo a obtener los fondos necesarios a la creación de las grandes infraestructuras para acoger números crecientes de

turistas, y poner rápidamente Lisboa en el mapa de las ciudades capitales europeas que hay que visitar.

De eso tratamos, mi colega Daniel Malet y yo, en el artículo que acabamos de publicar en el más reciente número de la *Revista Andaluza de Antropología*, que se intitula “Subitamente el verano pasado: como el tsunami turístico devastó Lisboa” – ahí hablamos de como tres mega-eventos fueran marcos decisivos del proceso de *branding* de Lisboa en cuanto Meca turística: son ellos Lisboa, ciudad europea de cultura, en 1992; la Exposición Mundial de 1998 y el final de Copa Europea de Fútbol en 2004. Por detrás de estos momentos de abertura internacional, se esconde otro, muy poco conocido fuera de Portugal, que fue la sintomáticamente autista Exposición del Mundo Portugués en 1940 (en plena guerra mundial), una auto-glorificación del régimen autoritario de Salazar por ocasión de los 900 años de la nacionalidad, los 300 años de la restauración de la independencia hacia España – siempre bajo el diapasón mitológico de las Descubiertas.

No vale la pena subrayar las limitaciones obvias y visibles que son, en términos comparativos, la insignificancia de Lisboa en lo que respecta a grandes museos de arte, a actividades culturales sofisticadas como los festivales internacionales de música, de filme o de teatro, o de ferias de arte mundial, y la virtual ausencia de atracciones arquitecturales y urbanísticas de grande monumentalidad. No obstante la insistencia en formular y desarrollar una discursividad mundializadora que al final es profundamente autista y mesquiña – las narrativas de los descubrimientos como inspiradoras de la unicidad de los portugueses y de Lisboa - el camino transcurrido fue mucho más de convertir la ciudad en parque de atracciones que se distingue por sus valores cucáñicos: la culinária de precio razonable, la bebida barata, la música pseudo-popular (desde el momento en que el fado fue declarado patrimonio cultural de la humanidad), los botellones nocturnos sin violencia ni grandes robos, en barrios que fueran un día populares. El investimento institucional en la valorización del patrimonio histórico de las Descubiertas y sus testigos materiales permitió por una parte la transformación de diversos espacios urbanos en escenarios y circuitos de visita, y la creación de infraestructuras varias que después se revelaran esenciales al acogimiento de grandes masas de turistas. Por otra parte, lo que no fue menos fundamental, ha proporcionado una disposición

positiva en el colectivo de los habitantes a reinventarse como figurantes vivos del teatro de la portugalidad, y a someterse con entusiasmo y orgullo a la plástica condición de gente de “blandos costumbres” - hospitaleros, pacíficos y políglotas comedores de sardinas y pasteles de nata, y bebedores de sangría.

En guisa de conclusión: los *commons* y la privatización del ocio

En el artículo mencionado arriba, Daniel Malet y yo nos preguntábamos sobre lo que queda después del pasaje del tsunami turístico por Lisboa. Es una certidumbre geológica que en una región propicia a la ocurrencia de terremotos no se sabe cuando pero se sabe que un terremoto sucede a otro. Me atrevería a decir que lo mismo pasa con la historia urbana: una vez que una ciudad crea infraestructuras cucañescas, las olas de viajeros en busca de ilusiones continuarán a llenarla cíclicamente. No es difícil imaginar que una nueva crisis económica-financiera mundial llegará, que una nueva guerra regional o mundial ocurrirá, y que nueva bonanza vendrá, y con ella nuevas cargas de migrantes turísticos. En el caso de Lisboa, los últimos testigos de la miseria urbana de ayer, los viejos de Mouraria, Alfama y Bairro Alto, morirán en suburbios descaracterizados, la pedonalización del centro se expandirá, nuevos museos se crearán, nuevos aeropuertos y terminales de cruceros se construirán, la ciudad antigua se tornará una caricatura de ciudad antigua – como el antropólogo Manuel Delgado explica en su libro *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del modelo Barcelona*. O bien, no: el crecimiento parará, el desarrollo fallará, el colapso vendrá. Para un antropólogo, historiador o geólogo, le da igual: habrá siempre materia de reflexión, estudio y depresión.

Sobre turismo sostenible, el Prof. Agustín Santana lo explicó muy bien: es muy claro que se trata de una falaciosa contradicción de términos. Sobre saturación turística y reacciones locales contra los invasores turísticos, tendré una opinión quizás demasiado cínica: en gran medida, el turismo patrimonial es un caso de “tragedia de los comunes”, en el sentido en que la envidia ante el suceso del vecino en ganar dinero con su propiedad o su negocio hace que solo los ineptos sean marginalizados de la nueva economía de servicios turísticos, y de

los perdedores no reza la historia. Si aceptamos que los turistas son migrantes, es fácil entender que su estatuto pueda ser el del “bode expiatório” de problemas que en verdad no les dicen respecto. Me explico: puede ser que el fenómeno de turismo de masas sea aún muy reciente en Lisboa, se lo comparamos con Barcelona o Venecia, por ejemplo. Pero el echo que en Portugal (hasta ora, por lo menos) la identidad nacional no sea amenazada por disputas territoriales (no se preocupen: ya olvidámos a Olivenza), identidades étnicas, diferencias religiosas o lingüísticas, hace difícil traducir en el lenguaje de la xenofobia anti-migrante tensiones de identidad interna, como en Catalunya o en Italia (o en verdad, en la mejor parte de los países europeos).

El ensayista Nassim Nicholas Taleb, en un reciente libro de elogio a la incertidumbre, presenta una visión muy crítica del “turista”. Lo ve como un simple fantoche que sigue un guion preordenado, y a la turistificación como:

Castrando sistemas y organismos a los cuales les gusta la incertidumbre, chupando de ellos el aleatorio hasta la última gota – ofreciéndoles la ilusión de beneficio. Como un aspecto de la vida moderna que trata los seres humanos como máquinas de lavar, con respuestas mecánicas simplificadas y un manual del usuario detallado [y como] la remoción sistemática de la incertidumbre y aleatoriedad de las cosas, tentando y tornarlas altamente predecibles, justo hasta los más pequeños detalles (Taleb, 2012: 67).

Yo no lo vería como tan negativo, al turismo urbano patrimonial. Es verdad que mucho tiene de comodificación del ser humano, y que es una función importante del presente sistema capitalista híper-neo-liberal que se ataca a los bienes y territorios comunes, privatizando los ínfimos detalles de la vida social en zonas urbanas turistificadas. Pero quizás estemos buscando el patrimonio en el sitio errado. En cuanto antropólogo, no veo nada de errado en el principio de la ritualización que tanto repugna a Taleb. El turista es legítimo protagonista de un ritual colectivo de actualización de la memoria histórica que elige el ocio y la diversión como instante fundamental de inversión, y de imaginación de un mundo al revés, en un mundo que es un mar de miseria.

Propongo entonces que el verdadero patrimonio a preservar es el patrimonio inmaterial del placer que tenemos en nos iludirnos, en ser engañados por narrativas de países de felicidad ociosa que se cuentan a los tolos. El verdadero patrimonio a preservar y a mantener como sostenible es nuestro derecho a subir el palo de Cucaña buscando premios imaginarios y llenando la panza en camino.